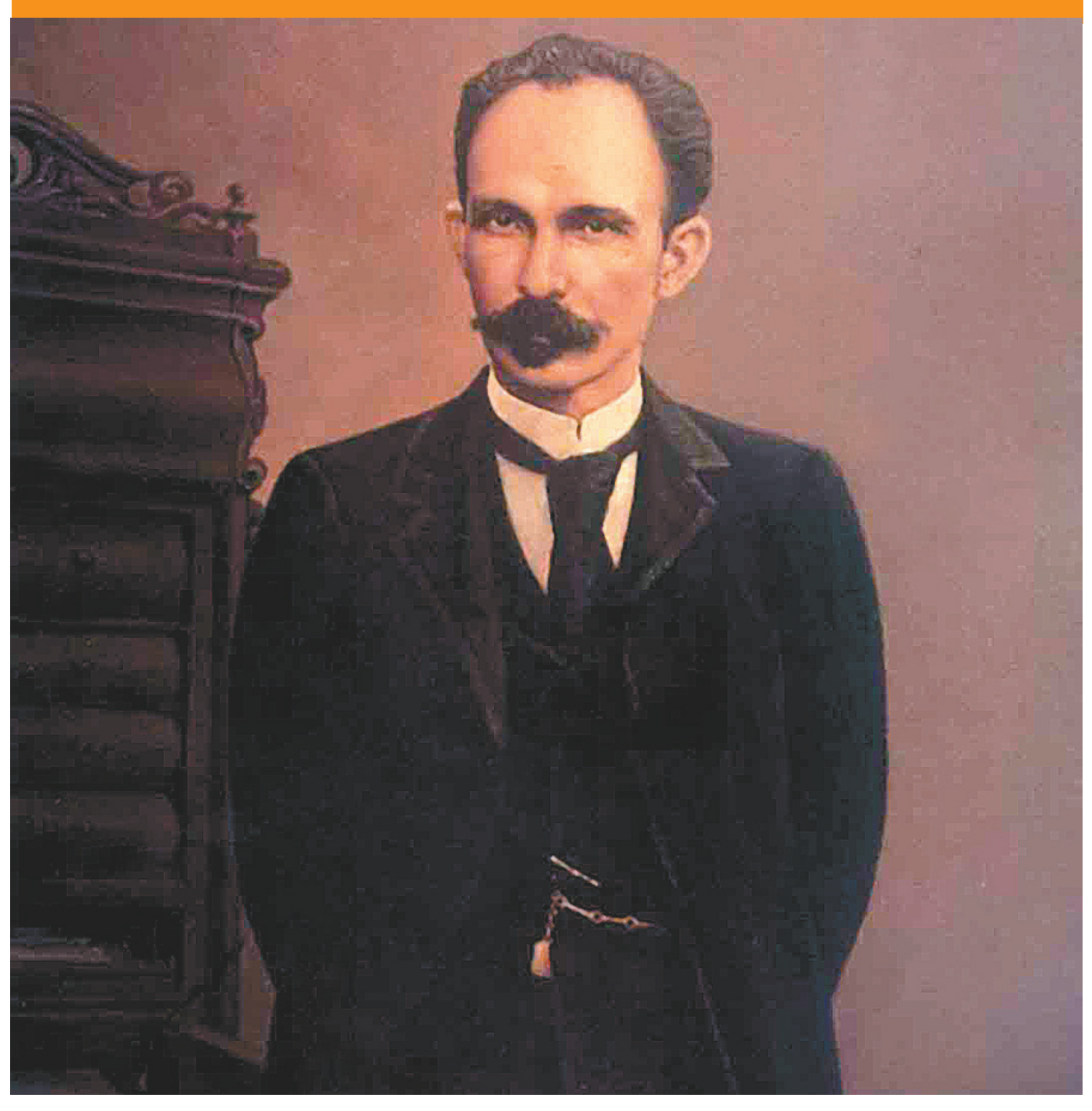
22

DISCURSOS

QUE CAMBIARON LA HISTORIA

José Martí

TAMPA, 1891



Página/12



“Mucho he sufrido, pero tengo la convicción
de que he sabido sufrir”

No es un sueño, es verdad: grito de guerra
lanza el cubano pueblo, enfurecido;
el pueblo que tres siglos ha sufrido
cuanto de negro la opresión encierra.

DEL POEMA “10 DE OCTUBRE!”

BRIGADA 113
Mírame, madre, y por tu amor no llores:
si esclavo de mi edad y mis doctrinas,
tu mártir corazón llené de espinas,
piensa que nacen entre espinas flores.

POEMA A SU MADRE ESCRITO ESTANDO
EN PRISIÓN EL 28 DE AGOSTO DE 1870

Discursos que cambiaron la historia / compilado por Liliana Viola.
1a ed. - Buenos Aires : La Página, 2007.
16 p. ; 28x20 cm.
ISBN 978-987-503-456-3
1. Política Argentina. I. Viola, Liliana, comp.
CDD 320.82
Fecha de catalogación: 05/09/2007

Dirección general: Hugo Soriani
Autora: Liliana Viola
Rumbo de diseño: Alejandro Ros
Diagramación: Juliana Rosato
Coordinación general: Víctor Vigo

Los discursos de esta colección han sido tomados de *Los discursos del poder,* de Liliana Viola. Ed. Norma, Bs. As., 2001.



COMPAÑEROS CUBANOS, A VENCER

Este discurso fue pronunciado en el liceo de Tampa, EE.UU., en una velada que organizaba el Club Ignacio Argamonte bajo la presidencia de Carbonell. Es uno de los tres más citados en las antologías, junto con "Nuestra América" y "Madre América". El Apóstol, como lo llamaron en su país, solía pronunciar largas arengas que escribía con anticipación y con igual cuidado que sus textos literarios. Muchas de sus frases y sobre todo ciertas elecciones léxicas y retóricas reaparecerán en los discursos de Fidel Castro y de otros protagonistas de la revolución.

La singularidad de los discursos de Martí está en la capacidad de combinar un estilo fuertemente lírico –aparecen con frecuencia imágenes que utilizó en sus poemas– con una honda provocación hacia el combate. Los cronistas de la época reclaman la falta de histrionismo en su oratoria; solía mantener su tono manso, aun en los fragmentos más encolerizados y violentos.

Los tres últimos párrafos retoman los elementos enumerados durante el extenso discurso para convertirse en una apelación directa a sus compatriotas para que tomen las armas.

Martí construye el imaginario combate a lo largo de todo su discurso construyendo paulatinamente las identidades de los personajes que están en pugna. Su estrategia consiste en acuñar lemas, él mismo propone, en su última frase, al encargado de llevar la bandera de su patria.

José Martí murió cuatro años después de enunciado este discurso, el 19 de mayo de 1895 en un enfrentamiento entre el Grupo Revolucionario Cubano y las tropas españolas.



DISCURSO PRONUNCIADO POR JOSÉ MARTÍ EL 26 DE NOVIEMBRE DE 1891 EN TAMPA

Cubanos:

Para Cuba que sufre, la primera palabra. De altar se ha de tomar a Cuba, para ofrendarle nuestra vida, y no de pedestal, para levantarnos sobre ella. Y ahora, después de evocado su amadísimo nombre, derramaré la ternura de mi alma sobre estas manos generosas que ¡no a deshora por cierto! acuden a dármele fuerzas para la agonía de la edificación; ahora, puestos los ojos más arriba de nuestras cabezas y el corazón entero sacado de mí mismo, no daré gracias egoístas a los que creen ver en mí las virtudes que de mí y de cada cubano desean; ni al cordial Carbonell, ni al bravo Rivero, daré gracias por la hospitalidad magnífica de sus palabras, y el fuego de su cariño generoso; sino que todas las gracias de mi alma les daré, y en ellos a cuantos tienen aquí las manos puestas a la faena de fundar, por este pueblo de amor que han levantado cara a cara del dueño codicioso que nos acecha y nos divide; por este pueblo de virtud, en donde se prueba la fuerza libre de nuestra patria trabajadora; por este pueblo culto, con la mesa de pensar al lado de la de ganar el pan, y truenos de Mirabeau junto a artes de Roland, que es respuesta de sobra a los desdeñosos de este mundo; por este templo orlado de héroes, y alzado sobre corazones. Yo abrazo a todos los que saben amar. Yo traigo la estrella, y traigo la paloma, en mi corazón. No nos reúne aquí, de puro esfuerzo y como a regañadientes, el respeto periódico a una idea de que no se puede abjurar sin deshonor; ni la respuesta siempre pronta, y a veces demasiado pronta, de los corazones patrios a un solicitante de fama, o a un alocado de poder, o a un héroe que no corona el ansia inoportuna de morir con el heroísmo superior de reprimirla, o a un menesteroso que bajo la capa de la patria anda sacando la mano limosnera. Ni el que viene se afeará jamás con la lisonja, ni es este noble pueblo que lo reciba pueblo de gente servil y llevadiza. Se me hincha el pecho de orgullo, y amo aún más a mi patria desde ahora, y creo aún más desde ahora en su porvenir ordenado y sereno, en el porvenir, redimido del peligro grave de seguir a ciegas, en nombre de la libertad, a los que se valen del anhelo de ella para desviarla en beneficio propio; creo aún más en la república de ojos abiertos, ni insensata ni tímida, ni togada ni descuellada, ni sobreculta ni inculta, desde que veo, por los avisos sagrados del corazón, juntos en esta noche de fuerza y pensamiento, juntos para ahora y para después, juntos para mientras impere el patriotismo, a los cubanos que ponen su opinión franca y libre por sobre todas las cosas y a un cubano que se las respeta. Porque si en las cosas de mi patria me fuera dado preferir un bien a todos los demás, un bien fundamental que de todos los del país fuera base y principio, y sin el que los demás bienes serían falaces e inseguros, ese sería el bien que yo prefiriera: yo quiero que la ley primera de nuestra

república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre. En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre: envilece a los pueblos desde la cuna el hábito de recurrir a camarillas personales, fomentadas por un interés notorio o encubierto, para la defensa de las libertades: sáquese a lucir, y a incendiar las almas, y a vibrar como el rayo, a la verdad, y síganla, libres, los hombres honrados. Levántese por sobre todas las cosas esta tierna consideración, este viril tributo de cada cubano a otro. Ni misterios, ni calumnias, ni tesón en desacreditar, ni largas y astutas preparaciones para el día funesto de la ambición. O la república tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre, o la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una sola gota de sangre de nuestros bravos. Para verdades trabajamos, y no para sueños. Para libertar a los cubanos trabajamos, y no para acorrararlos. ¡Para ajustar en la paz y en la equidad los intereses y derechos de los habitantes leales de Cuba trabajamos, y no para erigir, a la boca del continente, de la república, la mayordomía espantada de Veintimilla, o la hacienda sangrienta de Rosas, o el Paraguay lúgubre de Francia! ¡Mejor caer bajo los excesos del carácter imperfecto de nuestros compatriotas, que valerse del crédito adquirido con las armas de la guerra o las de la palabra que rebajarles el carácter! Este es mi único título a estos cariños, que han venido a tiempo a robustecer mis manos incansables en el servicio de la verdadera libertad. ¡Muérdanmelas los mismos a quienes anhelase yo levantar más, y ¡no miento! amaré la mordida, porque me viene de la furia de mi propia tierra, y porque por ella veré bravo y rebelde a un corazón cubano! ¡Unámonos, ante todo en esta fe; juntemos las manos, en prenda de esa decisión, donde todos las vean, y donde no se olvida sin castigo; cerrémosle el paso a la república que no venga preparada por medios dignos del decoro del hombre, para el bien y la prosperidad de todos los cubanos! ¡De todos los cubanos! ¡Yo no sé qué misterio de ternura tiene esta dulcísima palabra, ni qué sabor tan puro sobre el de la palabra misma de hombre, que es ya tan bella, que si se la pronuncia como se debe, parece que es el aire como nimbo de oro, y es trono o cumbre de monte la naturaleza! ¡Se dice cubano, y una dulzura como de suave hermandad se esparce por nuestras entrañas, y se abre sola la caja de nuestros ahorros, y nos apretamos para hacer un puesto más en la mesa, y echa las alas el corazón enamorado para amparar al que nació en la misma tierra que nosotros, aunque el pecado lo trastorne, o la ignorancia lo extravíe, o la ira lo enfurezca, o lo ensangriente el crimen! ¡Como que unos brazos divinos que no vemos, nos aprietan a todos sobre un pecho en que todavía corre la sangre y se oye todavía sollozar el corazón! ¡Créese allá en nuestra patria, para darnos luego trabajo de piedad, créese, donde el dueño corrompido pudre cuanto mira, un alma cubana nueva, erizada y hostil, un alma hosca, distinta de aquella alma casera y magnánima de nuestros padres e hija natural de la miseria que ve triunfar al vicio impune, y de la cultura inútil, que sólo halla empleo en la contemplación sorda de sí misma! ¡Acá, donde vigilamos por los ausentes, donde reponemos la casa que allá se nos cae encima, donde creamos lo que ha de reemplazar a lo que allí se nos destruye, acá no hay palabra que se asemeje

más a la luz del amanecer, ni consuelo que se entre con más dicha por nuestro corazón, que esta palabra inefable y ardiente de cubano!

¡Porque eso es esta ciudad; eso es la emigración cubana entera; eso es lo que venimos haciendo en estos años de trabajo sin ahorro, de familia sin gusto, de vida sin sabor, de muerte disimulada! ¡A la patria que allí se cae a pedazos y se ha quedado ciega de la podre, hay que llevar la patria piadosa y previsora que aquí se levanta! ¡A lo que queda de patria allí, mordido de todas partes por la gangrena que empieza a roer el corazón, hay que juntar la patria amiga donde hemos ido, acá en la soledad, acomodando el alma, con las manos firmes que pide el buen cariño, a las realidades todas, de afuera y de adentro, tan bien veladas allí en unos por la desesperación y en otros por el goce babilónico, que con ser grandes certezas y grandes esperanzas y grandes peligros, son, aun para los expertos, poco menos que desconocidas! ¿Pues qué saben allá de esta noche gloriosa de resurrección, de la fe determinada y metódica de nuestros espíritus, del acercamiento continuo y creciente de los cubanos de afuera, que los errores de los diez años y las veleidades naturales de Cuba, y otras causas maléficas no han logrado por fin dividir, sino allegar tan íntima y cariñosamente, que no se ve sino un águila que sube, y un sol que va naciendo, y un ejército que avanza? ¿Qué saben allá de estos tratos sutiles, que nadie prepara ni puede detener, entre el país desesperado y los emigrados que esperan? ¿Qué saben de este carácter nuestro fortalecido, de tierra en tierra, por la prueba cruenta y el ejercicio diario? ¿Qué saben del pueblo liberal, y fiero, y trabajador, que vamos a llevarles? ¿Qué sabe el que agoniza en la noche, del que le espera con los brazos abiertos en la aurora? Cargar barcos puede cualquier cargador; y poner mecha al cañón cualquier artillero puede; pero no ha sido esa tarea menor, y de mero resultado y oportunidad, la tarea única de nuestro deber, sino la de evitar las consecuencias dañinas, y acelerar las felices, de la guerra próxima, e inevitable, e irla limpiando, como cabe en lo humano, del desamor y del descuido y de los celos que la pudiesen poner donde sin necesidad ni excusa nos pusieron la anterior, y disciplinar nuestras almas libres en el conocimiento y orden de los elementos reales de nuestro país, y en el trabajo que es el aire y el sol de la libertad, para que quepan en ella sin peligro, junto a las fuerzas creadoras de una situación nueva, aquellos residuos inevitables de las crisis revueltas que son necesarias para constituirlas. ¡Y las manos nos dolerán más de una vez en la faena sublime, pero los muertos están mandando, y aconsejando, y vigilando, y los vivos los oyen, y los obedecen, y se oye en el viento ruido de ayudantes que pasan llevando órdenes, y de pabellones que se despliegan! ¡Unámonos, cubanos, en esta otra fe: con todos, y para todos: la guerra inevitable, de modo que la respete y la desee y la ayude la patria, y no nos la mate, en flor, por local o por personal o por incompleta, el enemigo: la revolución de justicia y de realidad para el reconocimiento y la práctica franca de las libertades verdaderas.

¡Ni los bravos de la guerra que me oyen tienen paces con estos análisis menudos de las cosas públicas, porque al entusiasta le parece crimen la tardanza misma de la sensatez en poner por obra el entusiasmo; ni nuestra mujer, que aquí oye atenta, sueña más que en volver a pisar la tierra propia, donde no ha de vivir su compañero, agrio como aquí vive y taciturno; ni el niño, hermano o hijo de mártires y de héroes, nutrido en sus leyendas, piensa en más que en lo

hermoso de morir a caballo, peleando por el país, al pie de una palma!

¡Es el sueño mío, es el sueño de todos; las palmas son novias que esperan: y hemos de poner la justicia tan alta como las palmas! Eso es lo que queríamos decir. A la guerra del arranque, que cayó en el desorden, ha de suceder, por insistencia de los males públicos, la guerra de la necesidad, que vendría floja y sin probabilidad de vencer, si no le diese su pujanza aquel amor inteligente y fuerte del derecho por donde las almas más ansiosas de él recogen de la sepultura el pabellón que dejaron caer, cansados del primer esfuerzo, los menos necesitados de justicia. Su derecho de hombres es lo que buscan los cubanos en su independencia; y la independencia se ha de buscar con alma entera de hombre. ¡Que Cuba, desolada, vuelve a nosotros los ojos! ¡Que los niños ensayan en los troncos de los caminos la fuerza de sus brazos nuevos! ¡Que las guerras estallan, cuando hay causas para ella, de la impaciencia de un valiente o de un grano de maíz! ¡Que el alma cubana se está poniendo en fila, y se ven ya, como al alba, las masas confusas! ¡Que el enemigo, menos sorprendido hoy, menos interesado, no tiene en la tierra los caudales que hubo de defender la vez pasada, ni hemos de entretenernos tanto como entonces en dimes y diretes de localidad, ni en competencias de mando, ni de envidias de pueblo, ni en esperanzas locas! ¡Que afuera tenemos el amor en el corazón, los ojos en la costa, la mano en la América, y el arma al cinto! ¿Pues quién no lee en el aire todo eso con letras de luz? Y con letras de luz se ha de leer que no buscamos, en este nuevo sacrificio, meras formas, ni la perpetuación del alma colonial en nuestra vida, con novedades de uniforme yanqui, sino la esencia y realidad de un país republicano nuestro, sin miedo canijo de unos a la expresión saludable de todas las ideas y el empleo honrado de todas las energías, ni de parte de otros aquel robo al hombre que consiste en pretender imperar en nombre de la libertad por violencias en que se prescinde del derecho de los demás a las garantías y los métodos de ella. Por supuesto que se nos echarán atrás los petimetres de la política, que olvidan cómo es necesario contar con lo que no se puede suprimir, y que se pondrá a refunfuñar el patriotismo de polvos de arroz, so pretexto de que los pueblos, en el sudor de la creación, no dan siempre olor de clavellina. ¿Y qué le hemos de hacer? ¡Sin los gusanos que fabrican la tierra no podrían hacerse palacios suntuosos! En la verdad hay que entrar con la camisa al codo, como entra en la res el carnicero. Todo lo verdadero es santo, aunque no huela a clavellina. ¡Todo tiene la entraña fea y sangrienta; es fango en las artesas el oro en que el artista talla luego sus joyas maravillosas; de lo fétido de la vida saca almíbar la fruta y colores la flor; nace el hombre del dolor y la tiniebla del seno maternal, y del alarido y el desgarramiento sublime; y las fuerzas magníficas y corrientes de fuego que en el horno del sol se precipitan y confunden, no parecen de lejos a los ojos humanos sino manchas! ¡Paso a los que no tienen miedo a la luz: caridad para los que tiemblan de sus rayos!

Ni vería yo esa bandera con cariño, hecho como estoy a saber que lo más santo se toma como instrumento del interés por los triunfadores audaces de este mundo, si no creyera que en sus pliegues ha de venir la libertad entera, cuando el reconocimiento cordial del decoro de cada cubano, y de los modos equitativos de ajustar los conflictos de sus intereses, quite razón a aquellos consejeros

de métodos confusos que sólo tienen de terribles lo que tiene de terca la pasión que se niega a reconocer cuanto hay en sus demandas de equitativo y justiciero. ¡Clávese la lengua del adulador popular, y cuélguese al viento como banderola de ignominia, donde sea castigo de los que adelantan sus ambiciones azuzando en vano la pena de los que padecen, u ocultándoles verdades esenciales de su problema, o levantándoles la ira: y al lado de la lengua de los aduladores, clávese la de los que se niegan a la justicia!

¡La lengua del adulador se clave donde todos la vean, y la de los que toman por pretexto las exageraciones a que tiene derecho la ignorancia, y que no puede acusar quien no ponga todos los medios de hacer cesar la ignorancia, para negarse a acatar lo que hay de dolor de hombre y de agonía sagrada en las exageraciones que es más cómodo excomulgar, de toga y birrete, que estudiar, lloroso el corazón, con el dolor humano hasta los codos! En el presidio de la vida es necesario poner, para que aprendan justicia, a los jueces de la vida. El que juzgue de todo, que lo conozca todo. No juzgue de prisa el de arriba, ni por un lado: no juzgue el de abajo por un lado ni de prisa. No censure el celoso el bienestar que envidia en secreto. ¡No desconozca el pudiente el poema conmovedor, y el sacrificio cruento, del que se tiene que cavar el pan que come; de su sufrida compañera, coronada de corona que el injusto no ve; de los hijos que no tienen lo que tienen los hijos de los otros por el mundo! ¡Valiera más que no se desplegara esa bandera de su mástil, si no hubiera de amparar por igual a todas las cabezas!
Muy mal conoce nuestra patria, la conoce muy mal, quien no sepa que hay en ella, como alma de lo presente y garantía de lo futuro, una enérgica suma de aquella libertad original que cría el hombre en sí, del jugo de la tierra y de las penas que ve, y de su idea propia y de su naturaleza altiva. Con esta libertad real y pujante, que sólo puede pecar por la falta de la cultura que es fácil poner en ella, han de contar más los políticos de carne y hueso que con esa libertad de aficionados que aprenden en los catecismos de Francia o de Inglaterra, los políticos de papel. Hombres somos, y no vamos a querer gobiernos de tijeras y de figurines, sino trabajo de nuestras cabezas, sacado del molde de nuestro país. Muy mal conoce a nuestro pueblo quien no observe en él como a la par de este ímpetu nativo que lo levanta para la guerra y no lo dejará dormir en la paz, se ha criado con la experiencia y el estudio, y cierta ciencia clara que da nuestra tierra hermosa, un cúmulo de fuerzas de orden, humanas y cultas, una falange de inteligencias plenas, fecundadas por el amor al hombre, sin el cual la inteligencia no es más que azote y crimen, una concordia tan íntima, venida del dolor común, entre los cubanos de derecho natural, sin historia y sin libros, y los cubanos que han puesto en el estudio la pasión que no podían poner en la elaboración de la patria nueva, una hermandad tan ferviente entre los esclavos ínfimos de la vida y los esclavos de una tiranía aniquiladora, que por este amor unánime y abrasante de justicia de los de un oficio y los de otro; por este ardor de humanidad igualmente sincero en los que llevan el cuello alto, porque tienen alta la nuca natural, y los que lo llevan bajo, porque la moda manda lucir el cuello hermoso; por esta patria vehemente en que se reúnen con iguales sueños, y con igual honradez, aquellos a quienes pudiese divorciar el diverso esta-

do de cultura sujetará nuestra Cuba, libre en la armonía de la equidad, la mano de la colonia que no dejará a su hora de venírsenos encima, disfrazada con el guante de la república. ¡Y cuidado, cubanos, que hay guantes tan bien imitados que no se diferencian de la mano natural! A todo el que venga a pedir poder, cubanos, hay que decirle a la luz, donde se vea la mano bien: ¿mano o guante? Pero no hay que temer en verdad, ni hay que regañar. Eso mismo que hemos de combatir, eso mismo nos es necesario. Tan necesario es a los pueblos lo que sujeta como lo que empuja: tan necesario es en la casa de familia el padre, siempre activo, como la madre, siempre temerosa. Hay política hombre y política mujer. ¿Locomotora con caldera que la haga andar, y sin freno que la detenga a tiempo? Es preciso, en cosas de pueblo, llevar el freno en una mano, y la caldera en la otra. Y por ahí padecen los pueblos: por el exceso de freno, y por el exceso de caldera.

¿A qué es, pues, a lo que habremos de temer? ¿Al decaimiento de nuestro entusiasmo, a lo ilusorio de nuestra fe, al poco número de los infatigables, al desorden de nuestras esperanzas? Pues miro yo a esta sala, y siento firme y estable la tierra bajo mis pies, y digo: ¡Mienten! Y miro a mi corazón, que no es más que un corazón cubano, y digo: —¡Mienten!

¿Tendremos miedo a los hábitos de autoridad contraídos en la guerra, y en cierto modo ungidos por el desdén diario de la muerte? Pues no conozco yo lo que tiene de brava el alma cubana, y de sagaz y experimentado el juicio de Cuba, y lo que habrían de contar las autoridades viejas con las autoridades vírgenes, y aquel admirable concierto de pensamiento republicano y la acción heroica que honra, sin excepciones apenas, a los cubanos que cargaron armas; o, como que conozco todo eso, al que diga que de nuestros veteranos hay que esperar ese amor criminal de sí, ese postergamiento de la patria a su interés, esa traición inicua a su país, le digo: —¡Mienten!

¿O nos ha de echar atrás el miedo a las tribulaciones de la guerra, azuzado por gente impura que está a paga del gobierno español, el miedo a andar descalzo, que es un modo de andar ya muy común en Cuba, porque entre los ladrones y los que los ayudan, ya no tienen en Cuba zapatos sino los cómplices y los ladrones? Pues como yo sé que el mismo que escribe un libro para atizar el miedo a la guerra, dijo en versos, muy buenos por cierto, que la jutía basta a todas las necesidades del campo en Cuba, y sé que Cuba está otra vez llena de jutías, me vuelvo a los que nos quieren asustar con el sacrificio mismo que apetecemos, y les digo: —¡Mienten!

¿Al que más ha sufrido en Cuba por la privación de la libertad le tendremos miedo, en el país donde la sangre que derramó por ella se ha hecho amar demasiado para amenazarla? ¿Le tendremos miedo al negro, al negro generoso, al hermano negro, que en los cubanos que murieron por él ha perdonado para siempre a los cubanos que todavía lo maltratan? Pues yo sé de manos de negro que están más dentro de la virtud que las de blanco alguno que conozco: yo sé del amor negro a la libertad sensata, que sólo en la intensidad mayor y natural

y útil se diferencia del amor a la libertad del cubano blanco: yo sé que el negro ha erguido el cuerpo noble, y está poniéndose de columna firme de las libertades patrias. Otros le teman: yo lo amo: a quien diga mal de él, me lo desconozca, le digo a boca llena: —¡Mienten!

¿Al español en Cuba habremos de temer? ¿Al español armado, que no nos pudo vencer por su valor, sino por nuestras envidias, nada más que por nuestras envidias? ¿Al español que tiene en el Sardinero o en La Rambla su caudal y se irá con su caudal, que es su única patria; o al que lo tiene en Cuba, por apego a la tierra o por la raíz de los hijos, y por miedo al castigo opondrá poca resistencia, y por sus hijos? ¿Al español llano, que ama la libertad como la amamos nosotros, y busca con nosotros una patria en la justicia, superior al apego a una patria incapaz e injusta, al español que padece, junto a su mujer cubana, del desamparo irremediable y el mísero porvenir de los hijos que le nacieron con el estigma de hambre y persecución, con el decreto de destierro en su propio país, con la sentencia de muerte en vida con que vienen al mundo los cubanos? ¿Temor al español liberal y bueno, a mi padre valenciano, a mi fiador montañés, al gaditano que me velaba el sueño febril, al catalán que juraba y votaba porque no quería el criollo huir con sus vestidos, al malagueño que saca en sus espaldas del hospital al cubano impotente, al gallego que muere en la nieve extranjera, al volver de dejar el pan del mes en la casa del general en jefe de la guerra cubana? ¡Por la libertad del hombre se pelea en Cuba, y hay muchos españoles que aman la libertad! ¡A estos españoles los atacarán otros: yo los ampararé toda mi vida! A los que no saben que esos españoles son otros tantos cubanos, les decimos: –¡¡Mienten!!

¿Y temeremos a la nieve extranjera? Los que no saben bregar con sus manos en la vida, o miden el corazón de los demás por su corazón espantadizo, o creen que los pueblos son meros tableros de ajedrez, o están tan criados en la esclavitud que necesitan quien les sujete el estribo para salir de ella, esos buscarán en un pueblo de componentes extraños y hostiles la república que sólo asegura el bienestar cuando se le administra en acuerdo con el carácter propio, y de modo que se acendre y realce. A quien crea que falta a los cubanos coraje y capacidad para vivir por sí en la tierra creada por su valor, le decimos: –¡Mienten!

Y a los lindoros que desdeñan hoy esta revolución santa cuyos guías y mártires primeros fueron hombres nacidos en el mármol y seda de la fortuna, esta santa revolución que en el espacio más breve hermanó, por la virtud redentora de las guerras justas, al primogénito heroico y al campesino sin heredad, al dueño de hombres y a sus esclavos; a los olimpos de pisapapel, que bajan de la trípode calumniosa para preguntar aterrados, y ya con ánimos de sumisión, si ha puesto el pie en tierra este peleador o el otro, a fin de poner en paz el alma con quien puede mañana distribuir el poder; a los alzacolas que fomentan, a sabiendas, el engaño de los que creen que este magnífico movimiento de almas, esta idea encendida de la redención decorosa, este deseo triste y firme de la guerra inevitable, no es más que el tesón de un rezagado indómito, o la correría de un general sin empleo, o la algazara de los que no gozan de una riqueza que sólo

se puede mantener por la complicidad con el deshonor o la amenaza de una turba obrera, con odio por corazón y papeluchos por sesos, que irá, como del cabestro, por donde la quiera llevar el primer ambicioso que la adule, o el primer déspota encubierto que le pase por los ojos la bandera, a lindoros, o a olimpos, y a alzacolas, les diremos: –¡Mienten!

Esta es la turba obrera, el arca de nuestra alianza, el tahalí, bordado de mano de mujer, donde se ha guardado la espada de Cuba, el arenal redentor donde se edifica, y se perdona, y se prevé y se ama!

¡Basta, basta de meras palabras! Para lisonjearnos no estamos aquí, sino para palparnos los corazones, y ver que viven sanos, y que pueden; para irnos enseñando a los desesperanzados, a los desbandados, a los melancólicos, en nuestra fuerza de idea y de acción, en la virtud probada que asegura la dicha por venir, en nuestro tamaño real, que no es de presuntuoso, ni de teorizante, ni de salmodista, ni de melómano, ni de cazanubes, ni de pordiosero. Ya somos uno, y podemos ir al fin: conocemos el mal, y veremos de no recaer; a puro amor y paciencia hemos congregado lo que quedó disperso, y convertido en orden entusiasta lo que era, después de la catástrofe, desconcierto receloso; hemos procurado la buena fe, y creemos haber logrado suprimir o reprimir los vicios que causaron nuestra derrota, y allegar con modos sinceros y para fin durable, los elementos conocidos o esbozados con cuya unión se puede llevar la guerra inminente al triunfo. ¡Ahora, a formar filas! ¡Con esperar, allá en lo hondo del alma, no se fundan pueblos! Delante de mí vuelvo a ver los pabellones, dando órdenes; y me parece que el mar que de allá viene, cargado de esperanza y de dolor, rompe la valla de la tierra ajena en que vivimos, y revienta contra esas puertas sus olas alborotadas... ¡Allá está, sofocada en los brazos que nos la estrujan y corrompen! ¡Allá está, herida en la frente, herida en el corazón, presidiendo, atada a la silla de tortura, el banquete donde las bocamangas de galón de oro ponen el vino del veneno en los labios de los hijos que se han olvidado de sus padres! ¡Y el padre murió cara a cara al alférez, y el hijo va, de brazo con el alférez, a pudrirse a la orgía! ¡Basta de meras palabras! De las entrañas desgarradas levantemos un amor inextinguible por la patria sin la que ningún hombre vive feliz, ni el bueno ni el malo. Allí está, de allí nos llama, se la oye gemir, nos la violan y nos la befan y nos la gangrenan a nuestros ojos, nos corrompen y nos despedazan a la madre de nuestro corazón! ¡Pues alcémonos de una vez, de una arremetida última de los corazones, alcémonos de manera que no corra peligro la libertad en el triunfo, por el desorden o por la torpeza o por la impaciencia en prepararla para la república verdadera; lo que por nuestra pasión, por el derecho y por nuestro hábito del trabajo sabremos mantenerla; alcémonos para darles tumba a los héroes cuyo espíritu vaga por el mundo avergonzado y solitario; alcémonos para que algún día tengan tumba nuestros hijos! Y pongamos alrededor de la estrella, en la bandera nueva, esta fórmula del amor triunfante: ¡Con todos, y para el bien de todos!

CRONOLOGÍA: JOSÉ MARTÍ (1853-1895)



LA MODESTA FACHADA DE LA CASA DONDE NACIÓ JOSÉ MARTÍ

1853
Nace José Julián Martí y Pérez en La Habana, en la calle Paula, en una modesta construcción colonial de dos plantas. Hijo del valenciano Mariano Martí, policía y de Leonor Pérez nacida en Canarias.

1857
La familia se traslada a España. El padre renuncia a su puesto.

1859
Regresan a La Habana. Nace su hermana. Se mudan de casa numerosas veces. Martí concurre a la escuela municipal del barrio de Santa Clara.

1862
Carta que aún se conserva, de Martí a su madre, antes de cumplir los diez años; le habla del caballo y del gallo fino, da noticias de la salud del padre y se despide como "su obediente hijo que la quiere con delirio". Don Mariano es capitán pedáneo en el caserío de Caimito en Hanábana.

1863
De vuelta a La Habana, Martí continua sus estudios en el colegio San Anacleto, conoce a quien sería uno de sus mejores amigos, Fermín Valdés Domínguez.

1868
Comienza la revolución separatista con el incendio de Bayamo; su jefe es Carlos Manuel de Céspedes. Martí, con 15 años, es alumno del colegio de San Pablo, a cargo del poeta, educador y mecenas Rafael María de Mendive, quien, al cumplir el niño los 13, había solicitado su admisión en el Instituto de Segunda Enseñanza costeándole los estudios de Bachiller. Durante ese mismo año, Martí escribe sus primeros versos: A mi madre, Carta de madrugada (a sus hermanas) y Linda hermanita mía.

1869
Martí publica su periódico que tendría un único número: "El Diablo Cojuelo". Se produce el tiroteo del circo-teatro Villanueva. La función había sido anunciada a beneficio de "algunos insolventes" (los cubanos en armas), y la preferencia por el color azul, que era el de la bandera de Yara, las estrellas en los adornos y el pelo suelto de las mujeres, sumado eso a los gritos de "Viva Céspedes y la revolución", que se habían dejado oír el día anterior, alertaron a las autoridades y provocaron esa noche la irrupción en la sala de una tropa de Gastadores Voluntarios al grito de "Viva España".

1869
Aparece el periódico "La Patria Libre", dirigido por Martí y Fermín Valdés Domínguez. Se publica Abdala, poema dramático de Martí: donde alude y sugiere los acontecimientos que vive la Isla y el sentimiento libertario de los patriotas. Don Mariano no puede contener su indignación al leer el periódico (primero y único número). Prisión y ulterior destierro de Mendive.
Después de la revista en el Campo Marte, un escuadrón de Gastadores Voluntarios pasa por la calle Industria. Martí, asomado a la ventana de los Valdés Domínguez, junto con Sellén y Monsieur Fortier —el profesor de francés—, ve pasar a un ex condiscípulo de los días de Mendive, enrolado con los Voluntarios; hay, de una y otra parte, sonrisas, gestos, injurias y amenazas. Esa noche registran la casa de los Valdés Domínguez y encuentran una esquela firmada por Fermín y José Martí, dirigida a su ex compañero: "¿Has soñado tú alguna vez con la gloria de los apóstatas? ¿Sabes cómo se castigaba en la antigüedad la apostasía? Esperamos que un discípulo del señor Rafael María de Mendive no ha de dejar sin contestación esta carta."

1870
Presidio Departamental. Martí ha declarado ser el único autor de la carta y es condenado a seis años de prisión. (José Martí, de diecisiete años, "el 113 de la Primera Brigada de Blancos". Lleva grillete al pie y cadena a la cintura; trabaja en las canteras de San Lázaro (como a dos kilómetros de la cárcel). De esa época es el retrato que envía a doña Leonor: "Mírame, madre y por tu amor no llores: / si esclavo de mi edad y mis doctrinas, / tu mártir corazón llené de espinas, / piensa que nacen entre espinas flores". Después



JOSÉ JULIÁN MARTÍ, EN SUS DÍAS DE ESCOLAR EN SAN ANACLETO.

de cinco meses de prisión, enfermo, es indultado, por mediación de un amigo del capitán general, don José María Sardá, catalán, arrendatario de las canteras de la Isla de Pinos, a cuya finca El Abra es trasladado Martí. Allí permanece, desde el 5 de septiembre, bajo la responsabilidad y vigilancia de su protector.

1871

Lo destierran. Va a bordo del Guipúzcoa, rumbo a Cádiz. En la carta a su maestro Mendive, antes de embarcar para España, le dice: "He sufrido mucho, pero tengo la convicción de que he sabido sufrir".

Madrid: vive en una buhardilla, de una casa de huéspedes: Calle del Desengaño número 10. Se matricula en la Universidad Central de Madrid, da clases, sigue enfermo de una lesión interna que le dejara el presidio —lo que le obliga a operarse, en dos oportunidades—; lo atormentan la soledad, el recuerdo de las canteras, de su hogar, de su lejana patria. Escribe cartas, artículos que no siempre se publican, y edita un folleto, con la protección de Carlos Sauvalle: "El presidio político en Cuba".

Fusilamiento, en La Habana, de ocho estudiantes, víctimas de la cobardía de un tribunal militar. Al cumplirse el primer aniversario de ese hecho, Martí escribe una proclama que pega en las paredes de las casas: "Póstrense en hinojos...!", y una oda, "A mis hermanos muertos del 27 de noviembre", inflamada de pasión patriótica: Cuanto se llora como yo, se jura!...Mata, déspota mata! / para el que muere a tu juro impío, / el cielo se abre, el mundo se dilata".

1873

El rey Amadeo abdica la corona de España y se proclama la República, con Castelar. Martí reclama la independencia de Cuba. Castelar declara que, antes que republicano, es español.

1874

El 30 de junio Martí rinde el primero de sus exámenes de grado en la Universidad Real de Zaragoza: la licenciatura de Derecho. Y el 24 de octubre del mismo año obtiene, con las mejores calificaciones, la de Filosofía y Letras. Pobreza, mala salud, primera pasión amorosa. Escribe su drama Adúltera. Parte rumbo a Francia; en Paris conoce a Víctor Hugo, visita el cementerio de Pére Lachaise y las tumbas de los grandes del pasado: Abelardo y Eloísa. Embarca en Southampton rumbo a México, con escala en Nueva York.

1875

Desembarca en Veracruz. Es el México que preside Lerdo de Tejada. Su familia lo espera. Por razones de vecindad —los Martí vivían en dos modestas habitaciones en un edificio de la calle de la Moneda—, los ampara el generoso don Manuel Mercado, secretario del gobierno federal y senador de la Republica. Ha muerto Ana, la hermana predilecta. Martí escribe un poema que comienza: "Es hora de pensar. Pensar espanta / cuando se tiene el hambre en la garganta". Presentado por Mercado, colabora en la "Revista Universal" con unos boletines de actualidad, política y arte, que firma Orestes.

1875-1876

Martí en México. Periodista. Poeta. Traductor. Cronista de política, teatro y arte. Estrena en su obra teatral "Amor con amor se paga" y se enamora de la actriz Concha Padilla, que la representa. (También de Rosario, "la de Acuña".) Conoce a la que más tarde habría de ser su esposa, la cubana Carmen Zayas Bazán.

1876

Parte a La Habana, con pasaporte mexicano a nombre de Julián Pérez (José Julián Martí y Pérez era su nombre completo), a buscar cartas que lo acrediten en Guatemala.

1877
Guatemala. José María Izaguirre, un cubano distinguido, es director de la Escuela Normal donde Martí profesa la cátedra de literatura extranjera y la de historia de la filosofía. Le llaman "el doctor Torrente". Concurre a la tertulia del general Miguel García Granados, cuya hija (La niña de Guatemala) era su alumna en la Escuela Normal. En diciembre parte a México, a casarse con Carmen Zayas.

1878
Martí tiene veinticinco años; regresa, casado, a Guatemala y asiste al entierro de María García Granados. El dictador, Justo Rufino Barrios, depone a Izaguirre; Martí renuncia a sus cátedras. Parte de Guatemala, rumbo a Cuba, con su mujer Carmen Zayas, pasando por Honduras.
La Habana. Hay tregua política; Martí es pasante de un despacho de abogado; profesor. Nace su hijo José (que sería el Ismaelillo de su tomo de versos) el 12 de noviembre de ese año.

1879
Deportado, "por irremediabilidad política", según Carmen Zayas Bazán, parte rumbo a Santander. Vive dos meses en España, asiste al casamiento de Alfonso XII; arregla los asuntos jurídicos de Miguel. F Viondi y visita a Cristino Martos. En diciembre de ese mismo año vuelve a Francia; conoce a Sarah Bernhardt y a Flammarion. Carmen, desde La Habana, no depone su actitud hostil y se retrae con el hijo.

1880
Nueva York, Primera lectura política en el Steck Hall, al lado del general Calixto García. Preparación de la "guerra chiquita" (fracasada).

1880.
Llama a su lado a la mujer y al hijo; publica en un inglés deficiente artículos en "The Hour" y en "The Sun": crónicas sobre política y letras europeas. Vive en casa de Carmita Mantilla, 51 East 29 th Street. Despues de cinco meses de nuevo ensayo matrimonial, con Carmen y el hijo, ésta regresa a Cuba. Martí sale para Caracas.

1881
Venezuela. Martí dicta clases en el colegio de Santa María, y literatura en el colegio de Guillermo Tell Villegas. Colabora en "La Opinión Nacional" y funda la "Revista Venezolana". Publica una loa a Cecilio Acosta, que acaba de morir, y el dictador, Guzmán Blanco, lo obliga a abandonar el país. ("Déme Venezuela, en que servirla: ella tiene en mí un hijo.") Sale rumbo a Nueva York, en julio de 1881.

1881 - enero de 1895:
Vida de Martí en Nueva York. Trabaja para los editores Lyons and Co. Y Appleton; colabora en "La Opinión Nacional" de Caracas y en "La Nación" de Buenos Aires. Simple newyorker, su "honda era la de David" (Andrés Iduarte).

1882
Publica el "Ismaelillo", dedicado a su hijo ausente. Reúne sus "Versos libres", y al mismo tiempo sus "Endecasílabos hirsutos", que no publica en volumen.

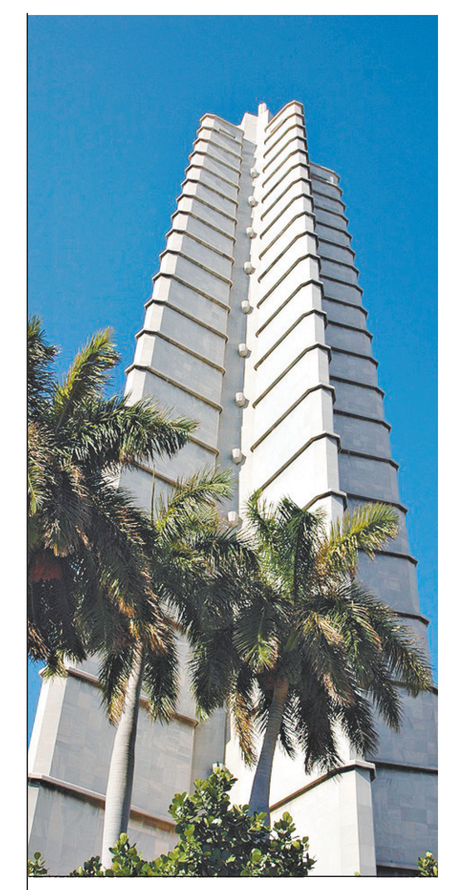
1884
Vive con su padre anciano en Nueva York. Para Adelaida Baralt escribe una novela, "Amistad funesta", que firma con con el seudónimo de Adelaida Ra. Durante su incansable tarea de propagandista revolucionario conoce a tres de los veteranos de la guerra de Céspedes que iban a ser figuras claves de la guerra de emancipación cubana: Máximo Gómez, Antonio Maceo y Flor Crombet. Discursos, proclamas, escritos. Ya le llaman "el maestro".

1887
Elegido Cónsul de Uruguay.

1889
Publica, a expensas de un editor generoso, un periódico infantil, "La Edad de Oro", escrito por él desde la primera hasta la última página. Alcanzan a aparecer cuatro números.

1890
Cónsul de Argentina y Paraguay.

1884 a 1891
Son los propósitos del fundador del Partido Revolucionario Cubano, que tiene el título de delegado, hacer una guerra generosa y breve; combatir el anexionismo a los EE. UU.; evitar el caudillismo; unir a las emigraciones entre sí, y forjar la conciencia de "nuestra América".



MONUMENTO A JOSE MARTÍ

1891
El consulado español protesta porque Martí, cónsul de la Argentina, ataca a España. Martí renuncia al consulado.

1892
Aparece "Patria", órgano de los cubanos exiliados, dirigido por Martí.

1893
Lo reeligen delegado. Viajes de propaganda política por los Estados Unidos, la Florida, Tampa, Cayo Hueso (Key West), Costa Rica, Jamaica, Panamá.

1894
Es reelecto delegado por segunda vez. Fracasa el plan de la Fernandina. Aunque apesadumbrado por las críticas y la desazón de sus compatriotas, Martí logra rehacerse.

1895
Orden de levantamiento. Sale de Nueva York rumbo a Santo Domingo y Cuba. Muere en el campo de batalla en Dos Ríos.

PRÓXIMO NÚMERO:

DISCURSOS
QUE CAMBIARON LA HISTORIA

Charles De Gaulle
LONDRES,
18 DE JULIO DE 1940



¿Es acaso definitiva la derrota? ¡No!
La historia muestra que no hay ejércitos
invencibles y que nunca los ha habido.

CHARLES DE GAULLE